

La deuda externa, causa objetiva de los conflictos violentos del Tercer Mundo*

MISAEI PASTRANA BORRERO**

El gran escritor ruso, Premio Nobel, Alexander Solzhenitzyn, en un escrito sobre el momento contemporáneo expresa que los términos de la ecuación "oposición guerra-paz son incompletos, ya que la guerra en el mundo que transcurre no es la única manifestación de los conflictos armados, y que la verdadera realidad de ese dilema es el de "paz-violencia". Concepto ese que es plenamente aplicable a nuestro país ya que la razón de nuestra angustia no radica solamente en la subversión, o sea, la guerra interna, sino en las múltiples manifestaciones de la hidra de la violencia que afectan hondamente nuestra necesaria paz, paralizan la acción del Estado, desanima la iniciativa privada y llena de incertidumbre nuestra alma nacional. De ahí la especial trascendencia de este seminario convocado por la Pontificia Universidad Javeriana, la Unión Javeriana y Asia Colombia, porque todo estudio encaminado a buscarle afortunadas y prontas salidas a esta larga encrucijada de Colombia depende nuestro inmediato destino.

La nueva concepción del planeta

Me comprometo altamente el título indicado para mi exposición: "La paz de Colombia en el contexto de las estrategias internacio-

* Conferencia dictada en el seminario convocado por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá sobre el tema "La Paz en Colombia".

** Expresidente de Colombia, escritor, abogado, exministro de Estado, jefe del Partido Social Conservador.

nales”, en cuyo señalamiento veo la mano sagaz de mi buen amigo el padre Javier Sanín, porque la premisa básica para cualquier planteamiento en la actualidad, no solo en la comunidad internacional, sino en el ámbito propio de los países, es que formamos parte de un mundo interdependiente e intercomunicado; de un mundo en simbiosis. Bien se ha dicho que el hombre cambió su concepción del planeta tierra desde el momento mismo que fue contemplado desde la altura infinita del espacio y captó en una simple placa fotográfica su absoluta dimensión. Al repasar esas vistas de nuestro globo terráqueo que el hombre divisó desde la luna, cabe la meditación de que no es posible mirarlo como un todo de partes diferentes sino como un todo en armonía. Algo similar acontece cuando en los viajes en pocas horas los aviones del presente atraviesan la línea divisoria de los hemisferios. La verdad es que la afirmación de que somos una “nave espacial” no es una frase retórica sino expresión de la realidad contemporánea, fruto de la revolución de las comunicaciones y el transporte que en menos de un cuarto de centuria ha hecho cambiar la configuración del mapa del mundo que en todos los años transcurridos antes.

La integración como signo de la época

Consecuente con esa realidad la tendencia de los pueblos es la búsqueda de la integración. El Mercado Común Europeo, que parecía sueño imposible para países que su constante había sido las guerras, las disputas territoriales, la lucha de hegemonías imperiales, en virtud de la determinación de unos dirigentes visionarios, virtud que es clara manifestación del liderazgo, se ha convertido en sueño realizado, y en 1992 serán un solo espacio económico para el ampliado mercado interno de sus miembros y para sus transacciones hacia afuera. El Japón por sí mismo una superpotencia, la segunda en la actualidad, con su dinámica presencia ha transformado el Sudeste asiático en integrado mercado **de facto**. La China continental con sus mil millones de seres se incorpora a la verdad de la humanidad contemporánea que ya no permite ni cortina de acero, ni de bambú. La Unión Soviética archiva el idealismo de sesenta años continuos como arma de penetración política y abre en cambio los caminos de **glasnost**, es decir, clarificación de propósitos, y la **perestroika**, o sea, reestructuración, aunque su ánimo, como lo registra con escepticismo, el disidente soviético, Bukovsky no sea “para cambiar sino para salvar el sistema”. El hemisferio norte de nuestro continente no obstante el poderío propio de Estados Unidos y Canadá tiende a hacer de esas naciones un conjunto integrado.

América Latina, en contraste, como en la época virreinal sigue separada por artificiosos límites, enfrentada en rivalidades absurdas, como en el lamentable caso de nuestro vecino país, Venezuela, convirtiendo en el tema central de un debate presidencial las líneas de unos mares en cuyo señalamiento existen mecanismos bilaterales, o normas en que la comunidad internacional se ha puesto de acuerdo en Tratado de largas discusiones, y mientras tanto su pueblo sigue esperando la propuesta de como rescatar de su envilecimiento la moneda, qué hacer ante los precios en caída del petróleo, su primer producto, ante una inflación rampante y síntomas de desempleo masivo que hasta pocos años eran factores desconocidos.

Los próximos años del Brasil serán dedicados a promover la integración latinoamericana en cuanto a sus economías, me dijo hace unos días el presidente de ese país, señor Sarney. Interpretaba con sus palabras una auténtica voluntad de su pueblo, el que quizá por ser el único de hablar en esta área un idioma diferente se había mantenido distante de todo movimiento integracionista en el pasado. En la Constitución que será promulgada el próximo 5 de octubre se consagra en su texto ese anhelo, y he sugerido al Social Conservatismo proponer algo similar en la reforma a la Carta que por consenso nacional confiamos rija por muchos años la vida institucional de Colombia.

Ingreso justo y participación

Otro tanto podría decirse de la interdependencia en lo social. El reclamo de las masas, que de pronto despertaron de su letargo de inercia es el mismo en toda la geografía de la pobreza, aún la de las naciones avanzadas pero franjas de marginamiento del progreso de amplios sectores de su población. Es reclamo persistente no únicamente por la elevación de su bienestar, sino también por el derecho de ser partícipes en las decisiones de la nación. Es la lucha por unas libertades que van más allá de las tradicionales libertades políticas, y por una nueva igualdad que no implica solamente un ingreso más justo sino mayor protagonismo en los hechos determinantes de su existencia.

Voces aisladas sin eco

La anterior interdependencia se pone más de bulto en lo econó-

mico. Bastaría mencionar el tema de la deuda externa que con su estallido hace seis años fácilmente hubiera podido comprometer todo el sistema financiero internacional. Sucedió que los países ricos, acreedores, se apresuraron a asociarse para la defensa de sus intereses en riesgo, y los países pobres, deudores, vacilaron en hacerlo, ni siquiera se atrevían a decir por su nombre la posición solidaria que constituyera muro protector de su frágil situación. Transcurrido este período de la crisis los países ricos ya no tienen nada que temer, y en contraste la situación de los pobres es más dramática y precaria. No entendieron una vez más, que las voces aisladas no se escuchan en el coro universal de hoy.

El duro tributo de las masas

Muchas cuestiones colaterales a las que tienen que ver como relación directa con nuestra paz podría poner de relieve, pero quiero dar en este escrito especial énfasis a lo atinente a la deuda. Como lo dice célebre documento de la Comisión Pontificia "Justicia y Paz", es injusto con los pueblos en pobreza hacer pagar ese duro tributo con el costo de más miseria. La deuda ha entrado a formar parte de lo que se ha denominado causas objetivas de los conflictos violentos del Tercer Mundo. Un continente, como el de Latinoamérica, que tiene que armonizar por concepto de deuda externa el 60% de sus ingresos por exportaciones, que ha cubierto 140 mil millones de dólares en el corto lapso de cinco años, que sigue exportando para ese efecto 30 mil millones anualmente, y todo ello frente a una deuda social insatisfecha y creciente, está condenado al desastre económico y a la turbulencia colectiva. El caso de Colombia no es excepción a esa situación como muchos lo quieren presentar, pues no obstante haber adoptado la insular posición de rigurosos pagadores, ahora en los días de lluvia, cuando necesitamos la sombrilla protectora, los banqueros nos la quitan y exigen que usemos, no para inversiones en satisfacer necesidades propias, sino para pagarles con más creces, la escasa franja protectora de nuestras reservas de divisas. Hace años he venido pronosticando estos hechos, y los oídos oficiales fueron sordos para esta premonición, y desde luego, no lo recuerdo con complacencia.

El grave deterioro de la situación nacional se ha debido en alto grado al pago de esa deuda que ha llevado a la sustracción de inversiones y al incremento del déficit fiscal con su natural secuela de inflación y desempleo, como también al estallar del descontento ciudadano como lo estamos sintiendo a lo largo y ancho de nuestro

territorio, por la imposibilidad, o inercia, del Estado en atender las necesidades mínimas de las gentes. Dos mil millones de dólares hemos cubierto al terminar el año, o sea, cerca de 650 mil millones de pesos. La tercera parte del presupuesto de la vigencia próxima está orientada a cubrir compromisos externos. Es situación insostenible, y por ello la refinanciación, o la restructuración para darle satisfacción a los timoratos, es un imperativo si no queremos cubrir nuestro suelo con la lava del volcán de la insatisfacción popular.

De la subversión al terrorismo

He dicho, y admito que puede ser frase peyorativa en estos últimos años, en especial después de haberse abierto paso casi en forma total el proceso de descolonización, la subversión cada vez usa más métodos de terrorismo que los mecanismos de la confrontación directa. Parodiando la frase célebre de Clausewitz el terrorismo es la continuación de la política de la subversión con otras formas. Es método ya pregonado por Lenin desde 1901 al consignar "que es un instrumento de la revolución y un arma más en la lucha de clases", y que "no era dable rechazarlo porque podía ser útil, y aún indispensable en ciertos momentos de la batalla". Igualmente, constituye falsa pretensión sostener que el terrorismo, y cito palabras del Secretario de Estado de los Estados Unidos señor Schultz, "es algo en que siempre la Unión Soviética haya sido el marionetero y los terroristas sus marionetas". Todo indica que en oportunidades varias haya tenido la bendición de la Unión Soviética en una estrategia encaminada a debilitar la influencia de los Estados Unidos en determinadas áreas, pero también responde a fenómenos internos, como la lucha contra las metrópolis que acabo de mencionar, motivaciones nacionalistas como el caso del IRA, la ETA, la revuelta córcega, los reclamos de sus derechos por los palestinos, o a contragolpes contra la represión del Estado, o como forma violenta de protesta social. Pero es incuestionable que son muchos los grupos, y menciono de nuevo a Schultz "que hubieran desaparecido sino hubieran tenido soporte de fuera".

El terrorismo: fenómeno universal

El hecho es que con su fuerza de golpear en cualquier momento y en ser enemigo invisible de difícil percepción, se ha venido transformando en el más dinámico fenómeno perturbador y es contagio universal del cual parece ningún país puede escaparse, bien

sea en desarrollo o industrializado. Su poder de desestabilización de la sociedad y el Estado es inmenso, así como también de intimidación y de presión. Unos pocos ciudadanos norteamericanos secuestrados en el Líbano, como ha trascendido recientemente, casi llevan a la renuncia del presidente Reagan como efectos de su afán en su liberación saltando escollos constitucionales, y todavía se sienten los ecos en esa nación por el cuestionamiento al candidato republicano, George Bush, ante su participación en tales sucesos. La verdad es que el terrorismo poco logra en sus objetivos ideológicos, como en no pocos casos sucedió con la subversión organizada, pero es mucho lo que logra en sus objetivos tácticos.

Ha tomado el terrorismo, cabe insistir, una dimensión universal, y la tendencia es darle un tratamiento a ese nivel, lo que no ha resultado fácil, ya que la Unión Soviética, y los países bajo su órbita, establecen muchas limitaciones en cuanto a la definición y alcance del mismo, sin que ello implique que de labios para fuera no exista por parte de los mismos un repudio a sus tácticas que ya comienzan a temer se aproximan a sus fronteras.

Ya la Convención de Ginebra de 1937 definió el terrorismo como "el acto criminal dirigido contra el Estado y con la calculada intención de crear terror en las mentes de las personas, o el público en general". De los anteriores términos se deduce que era tomado como acto de conflicto interno, pero con su intensificación y multiplicación geográfica, a partir de 1970 se le elevó a la categoría de un problema internacional. Y aunque los puntos de vista ideológicos divergentes a que he hecho referencia imposibilita una opinión de consenso sobre el terrorismo, se han venido configurando una serie de convenciones de rechazo a sus métodos, como las de 1969, 1970, 1973, referente al secuestro de aviones, la relativa a los Diplomáticos de 1973, y la atinente a la toma de rehenes de 1979.

Marxismo y teoría revolucionaria

Al afirmar que la subversión ha perdido su resplandor y éste se ha trasladado al terrorismo, me baso, entre otras razones, en la tesis de Mihail Gorbachov en su libro *Perestroika*, al analizar la pérdida de la vigencia de la acción revolucionaria. "No hay movimiento revolucionario sin una teoría revolucionaria; precepto marxista que es más relevante hoy que nunca", dice. Y mal puede haber teoría revolucionaria en un instante del discurrir del mundo en que las

dos superpotencias han revivido el concepto de la seguridad colectiva dentro de un global cuadro de acuerdos para evitar los conflictos, enterrando, al menos transitoriamente, las ideologías como elementos de pugna del poder universal. En efecto, mientras el presidente Reagan cancela su diatriba de señalar a la Unión Soviética como "el Imperio del Diablo", Gorbachov cancela al dogmatismo y no vacila en consignar también en su **Perestroika**: "Ninguna sociedad que se respete puede permitir la anarquía, una libertad para todos, o el caos. Ni lo podemos nosotros. Democracia implica ley y orden, y la más estricta observancia de las leyes por las autoridades, y las organizaciones como también por los ciudadanos". Es por ello, que como lo consigna en su edición del pasado domingo el **New York Times**, el presidente de la Asociación de Política Internacional Germánica, con sede en Bonn, registra que "la competencia entre los dos grandes sistemas de esta centuria, ha sido ganada, en el sentido que el socialismo en su expresión Marxista-Leninista ha perdido su atractivo dentro y fuera de la Unión Soviética". Habría que agregar que el capitalismo al igual que el marxismo, se ha visto obligado a presentar un rostro más humano.

El fin de la era de la posguerra

Al regresar el presidente Ronald Reagan de la última conferencia cumbre celebrada en Moscú el pasado mes de mayo, habló del fin de la era de la posguerra, es decir, de la "guerra fría", y por lo tanto el comienzo de una nueva etapa de la humanidad. Si así es, o no, es la pregunta que muchos se hacen con entusiasmo, y otros con excepticismo, pues como también indica Gorbachov en la obra que tanto he mencionado, son tan grandes las raíces del anterior conflicto Este-Oeste que no son pocos los que dudan de la sinceridad en sus nuevos planteamientos políticos, y creen que es simple pausa "para llevar a un aumento de su capacidad económica y militar, y por lo tanto al aumento del peligro soviético".

Lo que es innegable es que una serie de hechos están demostrando el final de la Doctrina de Brezhnev, enunciada hace 20 años para justificar el tráfico fin al de la Primavera de Praga con la tesis de que ningún país que hubiera caído bajo el marxismo-leninismo se le permitiría tiquete de regreso. La teoría de Gorbachov coloca la estabilidad frente a la revolución sin límites, con la afirmación, que para él es cita frecuente, de que "favorecemos el socialismo pero no imponemos a ninguno nuestras convicciones. Dejemos a cada uno escoger por él mismo". Esa bien llamada Doctrina del

actual zar de las Rusias, fue formalmente enunciada en su discurso ante el Vigésimo Séptimo Congreso Comunista, con el propósito de desvincularse de sus compromisos de seguridad y económicos con los satélites europeos, como ha venido sucediendo, y el establecimiento de un nuevo tipo de relaciones con el Tercer Mundo, que no descansa en indebidas intervenciones sino en la aceptación "de un desarrollo a través de su propio esfuerzo". Más tarde, en el Congreso del partido en 1986 reafirma de manera contundente: "Es inadmisibile fomentar la revolución desde fuera". Es posible que en su ánimo haya influido lo que alguien llamara refiriéndose a las dos superpotencias "la simétrica desilusión con el globalismo", o sea, con las derrotas del Vietnam y Afganistán, la conciencia del costo inmenso que para ellas representa la competencia de la intervención armada en el Tercer Mundo.

Los nuevos caminos de la paz

El retiro soviético de Afganistán es la primera rectificación a la tesis de la irreversibilidad de la Doctrina Brezhnev. Viene luego el retiro de las tropas del Vietnam de Cambodia. Los trece años de la guerra de Angola tocan a su fin, y está próxima la perspectiva del retiro de los 57 mil soldados cubanos con la eventual contraprestación de la independencia total de Namibia. Es el "milagro" hasta hace tan sólo unos meses insospechado, el entendimiento de los Estados negros con Suráfrica. Marruecos comienza a entenderse con el Polisario. Etiopía, impulsada por los soviéticos, busca ayuda en Occidente. Irán e Iraq después de prolongada guerra, que deja millones de tumbas en sus suelos hermanos, abren las ventanas de la reconciliación. ¡Y quien lo creyera!, Arafat saluda al mundo judío con ocasión del inicio de su nuevo año con las usuales palabras hebraicas de esa celebración, y ofrece ante el Parlamento Europeo reconocer los derechos de Israel a sus existencia. China, a su vez, cada día que pasa menos tímida en sus demostraciones de capitalismo, suprimidos los "tres obstáculos" que la separaban de la Unión Soviética nada de raro tiene que se presente una aproximación.

Cambio de los vientos

Concluida la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos, en el Tratado de Chapultepec de 1945, más adelante en el Tratado de Asistencia Recíproca de Rio de Janeiro de 1947, y finalmente, en el

Tratado de Bogotá de 1948, buscó la consolidación de su influencia en el hemisferio y colocó las relaciones con los países latinoamericanos virtualmente sobre el plano de la seguridad colectiva, olvidando desde entonces el compromiso del desarrollo. La Unión Soviética dirigió desde entonces sus empeños en debilitar ese intento. La primera confrontación fue la de los infaustos sucesos de Bogotá el 9 de abril en que la trágica muerte del caudillo Jorge Eliécer Gaitán fue chispa que encendió el estallido popular, el que manipulado, puso en peligro la naciente Carta del Sistema Interamericano. Años más tarde logra el comunismo la cabeza de puente, a sólo millas de las costas de los Estados Unidos, con la consolidación de Fidel Castro en el poder y la subsiguiente creación de la Tricontinental que regó como pólvora la subversión en el suelo latinoamericano. Colombia desde entonces ha sido epicentro de esa "guerra fría" trasladada a nuestra área.

Ahora los vientos soplan en dirección contraria, como lo vengo señalando, y el norte de la brújula es la paz. Conjuntamente con 25 ex-jefes de Estado y de Gobierno el 18 de mayo fui recibido por Andrei Gromyko en el Kremlin. En el discurso con ese motivo expresó lo siguiente: "La verdadera seguridad nunca podrá ser obtenida mientras subsistan los conflictos regionales". Ellos son llamados "guerras de baja intensidad", ¿pero hay algún consuelo para las familias de quienes han dado sus vidas en esos conflictos por oír que ellos son llamados de "baja intensidad"?

Con palabras y hechos las superpotencias han venido demostrando en estos últimos meses su decisión de lograr la total reconciliación en todas las regiones del Orbe. Si no se ha alcanzado aún en Centroamérica es porque las partes en pugna confían mejorar su poder negociador con el triunfo del respectivo candidato de sus simpatías en las próximas elecciones de noviembre de Estados Unidos. Y mal puede ser Colombia la única excepción en ese movimiento del péndulo universal hacia la paz mundial, regional y local.

La resignación con la violencia

El ex-presidente de Francia, Valey Giscard D'Estaing, en libro recientemente aparecido intitulado **El Poder y la Vida**, trae una anécdota que me ha impresionado hondamente. Cuenta que se encontraba cerca del Lago de Constanza en un tanque de combate con varios compañeros cuando escuchó el grito emocionado de un soldado: "¡La guerra ha terminado!". Y escribe: "En mi interior

un gran silencio. ¡Así que se acabó!. Ya me había acostumbrado tanto a la guerra desde hace seis años que bruscamente me siento inútil, desconcertado, por ese tiempo que se abrió ante nosotros, extraordinariamente vacío, que no sé muy bien de que estaría hecho, ya que la guerra que lo llenaba todo, acababa de dejar de existir". ¿Será que para nosotros los colombianos esta violencia que ya cumple 40 años lo llena todo y su ausencia significará un vacío? Me resisto a creerlo. Por el contrario, mantengo la fe de que estamos cercanos a un gran acto colectivo de decisión, generosidad, ambición de futuro, para ponerle punto final con la mirada colocada en el mañana de Colombia, aprovechando la presente coyuntura de un mundo que quiere tornar la hoja del calendario de un nuevo milenio ausente de odios con la rama de olivo de la paz.